

# Un jardín de senderos que se bifurcan



NIEVES SORIA\*

**E**l *Jardín de Freud* es el nombre de un deseo vivo, y es esa vida la que explica su renovada vigencia. Es un nombre que surge de una transferencia, siempre nueva y cada vez más inédita aún: la que el discurso del psicoanálisis puede despertar al insertarse en el marco de la enseñanza universitaria, picando, como uno de esos bichitos que suelen zumbear cerca de las flores, a algún curioso caminante que se aviene a internarse en sus senderos, que, como en el jardín borgeano, son senderos que se bifurcan, que se pierden en laberintos, que se hacen y se deshacen al andar.

Según cuenta Sylvia de Castro Korgi, el *Jardín de Freud* es un nombre creado por aquellos sujetos que parecieran condenados a ser *astudados*: estudiados, asustados, evaluados, transformados en un número, una calificación, o un algoritmo, aplastados por el saber de la academia, por esa maquinaria infernal de la burocracia que constituye una primera mutación capitalista del Discurso del Amo, que le da todo su peso devastador al Discurso Universitario, íntimamente ligado a la lógica evaluadora del mercado, tan afín a la psicología basada en la evidencia, que se impone con la fuerza de su pseudo-cientificidad en las facultades o los departamentos de Psicología, aquí y allá. Ellos, esos estudiantes que se resisten a quedar atrapados en esas redes, son quienes dejaron caer ese nombre que se ha depositado como letra en esta bella revista. Y eso es lo que somos por extensión sus lectores y eventuales autores: estudiantes, que nos dejamos enseñar por un esfuerzo de formalización y transmisión que no tiene otra causa que esa praxis original y siempre subversiva que es un psicoanálisis.

Ese nombre recogido de los estudiantes por la *Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura*, abre así un espacio heterogéneo, diverso, que aloja autores de distintas inscripciones institucionales en el campo del psicoanálisis, constituyendo un lugar transversal, como esta mesa, tan necesario para los debates del psicoanálisis con otros discursos en una época cuyos resortes rechazan fuertemente los fundamentos de su

CÓMO CITAR: Soria, Nieves. "Un jardín de senderos que se bifurcan". *Desde el Jardín de Freud* 21 (2021): 546-551, doi: 10.15446/djf.n21.101282.

\* e-mail: nievsoria@gmail.com

© Obra plástica: Lesivo Bestial

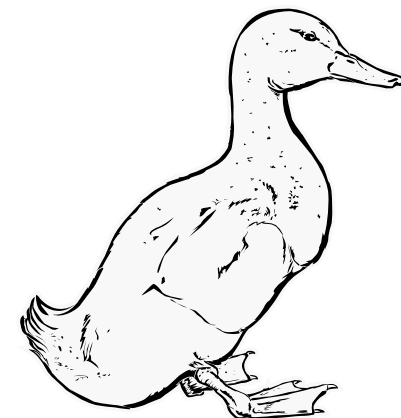
doctrina. Así, el jardín es un remanso en el fárrago del movimiento infernal que este estadio neoliberal del discurso capitalista nos impone. Una pausa para la reflexión sobre temas candentes que articulan al sujeto con el inconsciente y la cultura, deteniéndose particularmente en el estudio del lazo social contemporáneo, sin descuidar el ejercicio clínico y su reflexión.

Este movimiento, que sale de una quietud, no sería posible sin la jardinería lacaniana, con la precisión de sus aparatos de formalización, que despeja las malezas salvajes de esa selva negra de caminos torcidos que se pierden y entremezclan, echando luz sobre los imposibles freudianos, alrededor de los cuales giran los discursos, dejándose esclarecer por ése que nos causa, el discurso analítico. Ese que emerge en cada giro discursivo, como el amor, junto con el amor, no sin el amor.

Ese amor que encontramos en este jardín a la francesa es, sin embargo, también, profundamente colombiano, profundamente comprometido con lo que acontece en su país. He tenido el privilegio de llegar a este jardín invitada por los colegas de la *Escuela de estudios en Psicoanálisis y Cultura* justo en un momento en que estudiantes de todo el país se movilizaban en una huelga conjunta con trabajadores. Los he visto acampar, jugar y cantar en estos jardines, también participar algunos de ellos de una conferencia a la que supieron dar lugar, y que justamente dediqué a los síntomas del discurso capitalista. He tenido también el gusto de marchar un rato junto a ellos y los colegas profesores, verificando el lazo afectivo y discursivo que los une.

Cada año los árboles de este jardín dan nuevos frutos, hasta llegar a este veinteavo, dedicado al inconsciente y la política. Con él verificamos que el *Jardín de Freud* no es el jardín del Edén, ese mito de un goce pleno, sin falta, que nos prometen con renovado candor algunas nuevas religiones. Esas que, apoyadas en la promesa de sutura de los agujeros del sexo y la muerte, que dibujan como un espejismo los avances de la tecnociencia, extienden también renovados certificados de defunción al discurso freudiano.

Este jardín tampoco es el nuevo inframundo de odio en el que buscan sumergirnos, como bien señala Mario Figueroa Muñoz en su editorial de este número veinte, los nuevos operadores del mercado. Esos que, comprometidos con el rechazo más feroz de la castración, que se alimenta, no ya del inconsciente como discurso del Otro, articulado con la función de la política, ligada al discurso del amo clásico, sino con el silencio de la pulsión de muerte, que yace en cierta dimensión del inconsciente real que Freud dio en llamar Ello. Es allí que encuentran su potencia las infames estrategias referidas al rechazo de los Acuerdos de Paz en Colombia, al Brexit, a las elecciones de Trump y Bolsonaro inflamadas del fervor del odio, a-nimadas por la lógica de la segregación.



No, el *Jardín de Freud* podrá encontrarse más bien cerca del Jardín de las Delicias del Bosco, interesante mezcla de cielo e infierno, que da cuenta de esa falla estructural en el goce del *parlêtre*, esa que lo lleva a morderse la cola, a sólo encontrar una satisfacción incompleta, inacabada, autoerótica, en un recorrido a través de esos orificios del cuerpo que son el agujero con el que constituye su frágil realidad. En ese jardín que es su mundo fantasmático, sólo por azar, fugazmente, al acercarse a esa otra orilla del inconsciente real que está hecha de significantes sueltos que resuenan y consueñan en el cuerpo, vivificándolo, alcanzará a tocar por un instante el cuerpo del Otro, para volver a perderlo, como Orfeo a Eurídice en los oscuros jardines del Hades.

Es porque el hablante habita ese jardín que el inconsciente es la política. En efecto, el inconsciente es, como la política, irremediable, interminable, irreductible. Como ella, está hecho de imposible y, como ella, intenta atrapar en sus redes ese pececito voraz que se escapa, deslizándose en sus intersticios. Como ella, se organiza alrededor de una voz que se hace orden, que ordena, que elabora un saber y pone al trabajo, produciendo un excedente, un excedente que resulta el lugar inusitado en el que retorna aquello que está perdido por estructura, y que lleva con Freud los nombres del sexo y la muerte. Y como ella, vela lo real de la castración que lo acecha, que lo causa, que lo vuelve impotente. Como ella, es lo que posibilita armar un mundo, vivir en él, hacer un lazo siempre fallido. Como en ella, no amamos ni odiamos sino a nuestros fantasmas.

Ya en los años setenta Lacan veía iluminando el horizonte el incendio del *Jardín de Freud*. O más todavía, su borramiento del mapa, su desaparición. Avizoraba la posibilidad del hablante de dejar de ser incauto, de dejar de amar su inconsciente. Profetizaba con lúcida certeza el ascenso del racismo como una cobarde coartada ante la pérdida de la referencia a un orden simbólico que localice un goce de allí en más errático, desvariado: la coartada de querer imponerle al otro nuestro modo de goce. Profetizaba también, sin esperanza, el retorno de la religión, cuya dimensión más bastarda encontramos hoy en día, particularmente en nuestro continente, llenando bancas de congresos y llevando al gobierno a fantoches grotescos que incentivan lo que Freud ya vislumbraba hace un siglo como miseria psicológica de las masas huérfanas de una autoridad genuina.

Percibía ya entonces, anticipando en décadas la realidad aumentada de la hiperconexión, nuestra inmersión en la aletósfera. Afirmaba, porque no le parecía divertido, que el rechazo del inconsciente lo es también de la política, y que el resultado puede ser el sacrificio a los dioses más oscuros. Esos que, como Atila, sólo dejan tras su paso la imposibilidad de todo jardín. Advertía acerca de la trampa que supone dejar en manos de la cuantificación científica aquellos juicios íntimos que conducen

al acto en el que el amo arriesga su condición de castrado. Sí, advertía que entonces el amo se vuelve más inatacable aún, que es una pura orden. Esa orden desencarnada y despiadada, despatologizada y desintomatizada, puro algoritmo que trabaja como un saber sin falla, sin sujeto, sin amor y sin poesía.

Lo que Foucault dio en llamar biopolítica no es otra cosa: es la muerte, brutal y eficaz, de esa política del inconsciente que el imperativo categórico de la ciencia borra de un plumazo, como bien demostraron los campos de concentración, como los más genuinos antecesores de los procesos crecientes de segregación, producto del avance del discurso de la ciencia. Aquí nuevamente Borges, esta vez con su *Deutsches Requiem*, nos ilustra bien la íntima afinidad entre el discurso del nazismo y la estructura magistralmente develada por Lacan en Kant con Sade. Lacan aislaba en el bigotito del Führer la función de ese objeto a elevado al cenit social que puede anudar a la masa con un lazo de odio, suponiendo a su vez la segregación de un objeto que caerá afuera, encarnando lo inmundo, lo abyecto. Así, el discurso de la libertad, al perder toda referencia al límite de una inter-dicción, se vuelve un discurso de odio y muerte, por fuera de toda política.

De allí la importancia de una política del psicoanálisis fundada en la extraterritorialidad del síntoma, ese pececito imposible de pescar que nada en los estanques del *Jardín de Freud*. Un pececito al que no se trata de darle de comer sentido, pero que también hay que dejar que se escape, como se escapa la tortuga, la única que se puede escapar, que es la tortuga de Aquiles, esa que dejamos escapar -como la zorra a las uvas-, porque es imposible apresarla, pero que nos causa a correr, a desear. El *Jardín de Freud* es una sede de esa loca carrera, que no se juega para ganar, que no se juega para llegar, que se juega para jugar, seriamente, hasta el final.

El *Jardín de Freud* se encuentra en la universidad, particularmente frente al edificio en el que tiene su sede la *Escuela de Estudios en Psicoanálisis y Cultura*, de la *Universidad Nacional de Colombia*. No se trata de cualquier universidad, sino de una que presta su predio, que da lugar, que alberga al discurso analítico. Me imagino a Freud en un jardín así, por ejemplo, cuando escribía, en 1919: “Es indudable que la incorporación del psicoanálisis a la enseñanza universitaria significaría una satisfacción moral para todo psicoanalista, pero no es menos evidente que este puede, por su parte, prescindir de la universidad sin menoscabo alguno para su formación. En efecto, la orientación teórica que le es imprescindible la obtiene mediante el estudio de la bibliografía respectiva y, más concretamente, en las sesiones científicas de las asociaciones psicoanalíticas, así como por el contacto personal con los miembros más antiguos y experimentados de estas. En cuanto a su experiencia práctica, aparte de adquirirla a través de su propio análisis, podrá lograrla mediante tratamientos efectuados bajo el

control y la guía de los psicoanalistas más reconocidos. Dichas asociaciones deben su existencia, precisamente, a la exclusión de que el psicoanálisis ha sido objeto por la universidad. Es evidente, pues, que seguirán cumpliendo una función útil mientras se mantenga dicha exclusión”<sup>1</sup>.

Por eso el psicoanálisis puede tener un jardín freudiano en una universidad. Lo tiene en Bogotá, lo tiene en Buenos Aires, lo tiene en algunos lugares más, como Antioquia, Toulouse, y algunos otros. No muchos más, ni sabemos tampoco por cuánto tiempo. Ese jardín puede volverse lacaniano en su referencia al discurso universitario, en su antipatía y su tensión con el discurso analítico. Puede volverse lacaniano si sabe extraer los frutos de esa tensión. Y *Desde el Jardín de Freud* sabe hacerlo. Esa fue la apuesta de Lacan en Vincennes, donde esperaba de la presencia del psicoanálisis en la universidad “[...] no solo de ayudar al analista con las ciencias que se propagan según la modalidad universitaria, sino de que esas ciencias encuentren en su experiencia la ocasión de renovarse[...]”<sup>2</sup>, apostando a una interacción entre discursos, que se renovarían mutuamente unos a otros.

En efecto, la conceptualización lacaniana de la teoría analítica se nutre constantemente de ciencias difundidas bajo el modo universitario, tales como la lingüística, la matemática, la antropología estructural, la filosofía, etc., siendo inabordable sin el estudio de las mismas. La ambición lacaniana consistía en proponer también un aporte del psicoanálisis a estas ciencias.

Respecto de la interacción entre psicoanálisis y lingüística partía de *lalangue* como soporte del inconsciente, proponiendo desde el psicoanálisis la consideración del empalme entre el lenguaje y la vida en la articulación de lo simbólico con los otros dos registros, situando una convergencia entre la disciplina lingüística de la gramática y el uso analítico del equívoco en la reducción del síntoma, aspirando a una lingüística más verdadera, en tanto tomaría a *lalangue* más seriamente.

En referencia a la matemática subrayaba, por un lado, la importancia de la lógica como ciencia de lo Real que permite el acceso al modo de lo imposible, fundamental en el discurso analítico; por otro, el recurso que implica la topología — “[...] todas las formas en las que el espacio hace falla o acumulación”<sup>3</sup>— para abastecer al analista de un apoyo que no sea metafórico para sostener la metonimia, indicando allí la posibilidad de una orientación para el analista medio, que sólo se autoriza de su extravío.

Finalmente, propondrá como resultado de la interacción entre psicoanálisis y filosofía lo que da en llamar “antifilosofía”, indicando un camino de investigación de lo que el discurso universitario debe a su suposición educativa, poniendo en cuestión la realización de una historia de las ideas y apuntando más bien a darle valor en su

1. Sigmund Freud, “¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?” (1919), en *Obras completas*, vol. XIII (Buenos Aires, Amorrortu, 1991), 169.

2. Jacques Lacan, “Quizás en Vincennes...” (1975), en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 333.

3. *Ibíd.*, 334.

raíz indestructible, que define como su sueño eterno, llegando al punto en el cual el psicoanálisis propone un despertar particular, no subsumible en la lógica universitaria.

Por eso lo que riega este jardín, lo que lo hace florecer, es un deseo inédito, el deseo del analista. Sin él nuestros textos se vuelven letra muerta, lista para pudrirse en una biblioteca sin luz. Por eso me gusta el *Jardín de Freud*, porque tiene la osadía de llevar su nombre, el nombre del primer analista. Un nombre que vio la luz entre el escarnio y el odio, creciendo como esas flores inolvidables que podemos encontrar entre los matorrales de un monte o entre la tupida y voraz vegetación de una selva tropical. Un nombre maldito que no deja de proscribirse, de censurarse, de borrarse del currículo de toda asignatura que se pretenda prolijamente universitaria y políticamente correcta.

Por eso escribir *Desde el Jardín de Freud* hoy en día, por eso leerlo, más que nunca.



